

Datos de interés recientes del Sr. Gabriel Restrepo (Bogotá, Colombia)

Estudios: Candidato a doctorado en educación, Universidad de Humanismo Cristiano, tesis “Energía y Sabiduría, la Formación Social de los Saberes”, en proceso de terminación, grado previsto para junio 2010, dirigida por Abrahám Magendzo.

Actividad académica:

2009 15 marzo a 15 abril, Profesor visitante Universidad Santiago de Chile.

Febrero a Junio: Instituto de Investigación en Educación, Universidad Nacional: profesor e investigador. Organizador del Seminario Internacional de Ciencias Sociales.

Agosto a diciembre: profesor Especial del Departamento de Sociología: organizador de la Cátedra de Sede Jorge Eliécer Gaitán, “Colombia en perspectiva: sociología y sociedad 1959-2009”; organizador del Seminario Internacional “Talcott Parsons: 1979-2009”; organizador del seminario latinoamericano de Facultades, Departamentos y Programas de Sociología.

Actividad profesional:

2008: Consultor de la Secretaría de Educación de Bogotá para elaborar un modelo integral de evaluación con un equipo interdisciplinario en el cual mi labor fue el diseño e interpretación de una encuesta sobre dimensiones socio afectivas a 6000 estudiantes y 300 profesores de 20 colegios públicos de Bogotá.

Publicaciones académicas: 30 libros y más de 80 ensayos sobre los temas dominantes de mi carrera: cultura, socialización y formación del sujeto.

Ensayo Ganador del Primer Lugar.-

LA CLAVE DE MELQUIÁDES

LA TRAMA

Imagino la educación en América Ladina como encarnación de las virtudes teologales. Pienso la educación como el *daimon* que nos invoca desde lo profundo de nuestro ser variopinto para devenir lo que estamos llamados a ser en plenitud. Represento la educación como el sabio ladino Melquíades, capaz de enseñar el amor al saber por el saber del amor; ambidiestro para descifrar nuestro palimpsesto al derecho y al revés; dúctil para transformar la mimesis intuitiva en entendimiento múltiple y en razones complejas; en suma: para tramar en el laberinto de los símbolos de tal forma que el pliego de nuestra perplejidad se despliegue en complejidad pensada. Figuro la educación como potencia para guiar al ser de nuestras regiones hasta su propia conciencia y como vía áurea para transformar nuestros lugares comunes locales en centros de re-creación universal. Revivo los fantasmas de nuestros dos Simones, Rodríguez y Bolívar, los dos huerfanitos: el saber y el poder, encarnación de los arquetipos de Tunupa y Viracocha, para reconciliarlos en el pentagrama de la gran utopía de nuestra estancia como pueblos mundo.

LOS HILOS CONDUCTORES

¿Qué es fe? Creer en lo que no se ha visto a partir de lo entrevisto. La fe excede la experiencia, pero parte de constancias para atisbar lo que no consta. Es una certidumbre incierta o una cierta incertidumbre. También se denomina confianza. Los ingleses la traman *trust*, palabra que remonta, como el *Trost* alemán, al indoeuropeo *treue*, firmeza interna. No hay ventura ni aventura sin ella. Colón la cifró como oro y paraíso para atravesar lo ignoto. De ella los anglosajones derivaron el capital y las redes financieras.

Las estadísticas abundan en una cifra elocuente: la confianza de la ciudadanía en la educación en nuestra América supera la de cualquier institución o persona. Los cortes estocásticos no podrían empero interpretarse sin trasfondo milenario. Hoy se revalora el papel de la educación en la formación de mayas, incas, mexicas o chibchas: la complejidad de su cultura se sostenía en sabios educadores arquetípicos: Quetzacoalt, Tunupa, Bochica, como también en instituciones de enseñanza refinada: el Calmécac de los mexicas, las escuelas de los Amautas, la kuka de los chibchas.

Es cierto que España expropió a los indígenas y a los afroamericanos de escrituras profanas: la tierra; y de escrituras sagradas: la cultura. Todo lo situado entre tierra y cielo fue conmovido. No de otra forma dominaron por milenios los imperios. Pero ninguno ofreció como el ibérico las leyes de indias, el derecho de gentes y la educación como medio de salvación. En ello se cifró la diferencia entre castas hindúes y americanas: no era necesario morir para renacer en otra posición social.

Nuestra independencia fue una obra de la educación antes que de la política o de la guerra. El reclamo por las luces precedió a los cabildos y a las milicias. Al recrear al *Emilio* en la educación de Simón Bolívar, maestro y discípulo prefiguraron en la emancipación mental la independencia política. Las exploraciones de Mutis y de Caldas encarnaron el *sapere aude* del poeta Horacio que postulara Kant en 1784 como señal de mayoría de edad. Caldas, Espejo, Artigas, Zea, Bolívar, Bello, Simón Rodríguez, Camilo Torres, Juan Egaña, Miranda, Martí entre tantos otros derivaron de la educación y de la ciencia el memorando de agravios, pero aún más: el ideario de las nuevas naciones.

En nuestra vida republicana los momentos más iluminantes son aquellos donde poder y saber se aliaron, como lo prefiguró Bolívar en el discurso inaugural del Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819; como ratificó Andrés Bello en la inauguración de la Universidad de Chile, el 17

de septiembre de 1843; o como lo refrendó Justo Sierra en la inauguración de la Universidad de México en 1910: o en el prodigioso movimiento de la Reforma de Córdoba en 1918. O en las obras de Faustino Sarmiento, Gabino Barreda, Vasconcelos, Dámaso Zapata, Manuel Ancízar y tantos otros.

La fe tiende al futuro, pero la esperanza es más que la espera, porque debe obrar a favor del advenimiento de una promesa: el regreso de Quetzacoalt como la sabiduría; el cumplimiento de los derechos de gentes con la realización de los derechos humanos, entre ellos los propios de la educación y cultura; una segunda emancipación, la de los condenados a dos veces cien años de soledad, por medio de la educación, la ciencia y la cultura, mediante un nuevo *sapere aude* de creación colectiva.

No se necesita para ello otra revolución que la propia de la caridad. Su nombre griego era el amor. El amor, enseñaba Diotima, era un *daimon*, aquel que enlazaba lo distinto y aún lo opuesto: hijo de Poro, la riqueza, y de Penía, la indigencia. Todo y nada, oxímoron. La condición del *daimon* es religiosa, en los dos sentidos que se arguyen como etimología de la palabra: *relegere*, el más probable, leer y releer a punta de inteligencia, que es *intus legere*, leer dentro de sí, primera condición para saber descifrar el mundo; o en otro sentido, religión es *religere*, como puntada que entrelaza polaridades en un pensamiento incluyente. El nombre contemporáneo de la caridad es una solidaridad sabia, aquella que junta el reconocimiento derivado de la justicia abstracta y de las luchas por el poder (el *anerkennen* hegeliano) con la ética de benevolencia o *epiqueía* griega, fundada en la catarsis, la *sophrosine* y la anagnórisis.

LA URDIMBRE

“Leer es resucitar fantasmas”, decía don Simón Rodríguez. Al leerte y releerte, maestro de maestros, al releerte releyéndome, invoco tu fantasma. Para que como *revenant*, el que vuelve y vuelve, permanezcas sin alejarte una vez más de nosotros, tú, encarnación de Tunupa, con la cruz a cuestas del Tawantisuyo, en esta América Meridional tan descosida a veces.

Porque somos pueblos a la deriva como aluviones del mundo. Fundados en el desplazamiento, en el descentramiento y en la perplejidad de lo ficticio. Desplazados fueron españoles, indígenas en su propio suelo, africanos desterrados. Y porque nuestro devenir es la fluctuación. Metecos universales, cambiamos de tierra, de dueños, de destinos, de sentidos. Nuestro centro siempre está en otro lugar, más allá, esquivo, lejano. Somos donde no estamos y no estamos donde somos. Como dice Morin de sí mismo en *Mis Demonios*: “pertenecía a aquello a lo que no pertenecía y no

pertenecía a lo que pertenecía”. Tomamos otro continente por nuestro contenido, desde el equívoco maravilloso de Colón. No hemos vaciado nuestro devenir en la propia fragua. Existimos desde el barroco americano y con mayor razón a lo largo del neobarroco republicano en las nebulosas de aquello que los portugueses llaman lo *feiticio*.

Empero, ¿no hemos llegado a parecernos a un mundo que es él mismo desplazado, descentrado y virtual? Así nuestros padecimientos seculares pueden trocarse en pasiones creativas, si hallamos la clave, si encontramos la escala de nuestro propio pentagrama en el concierto de la música del mundo y del cosmos.

Nuestro destino no es manifiesto. Es laberíntico, complejo, fantasmal como la *Comala* de Rulfo, entre el linde o limbo de vida y muerte, en el tiempo verbal que describiera Andrés Bello como el co-pretérito: un tiempo que pasa sin pasar y en el cual el pasado se representa como teatro circular. Vivimos el duende que describiera el poeta Federico García Lorca, en trance, en éxtasis, en genesiaco apocalipsis.

Somos el más intrincado palimpsesto. Los manuscritos de nuestra memoria son como hojas no numeradas que vientos de agosto dispersaron por los cuatro costados. Nikolas Abraham y Maria Torock acuñaron la palabra criptóforos para aquellos que guardan el nudo gordiano de una infancia gravosa mantenida como un secreto, incluso para su propia conciencia. Como ellos, cargamos a cuestas un inconsciente hechizo, el mismo que fuera enunciado como desgarramiento por Simón Bolívar en su Carta de Jamaica: “mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte, no somos indios, ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país, y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimientos, y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país, y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado.”

Nuestra identidad, como quizás toda identidad, es escurridiza: se niega cuando se afirma, afirma cuando niega y sólo si niega. Es cierto que todo nombre propio es en último término un nombre impropio. El nombre de América, por ejemplo, nos inició en lo ficticio, porque fue celebrar el triunfo del mapa sobre el territorio, del cosmógrafo sobre el explorador. América Latina es de igual manera un nombre propio impropio. Arrastra la nostalgia napoleónica y opone el imperio que no fue, el francés, al imperio que venció, el anglosajón. Waterloo precedió nuestro bautizo, antes que nuestras propias batallas.

Como estableciera el gran ensayista Arturo Ardao, el nombre fue acuñado en 1857 en el poema *Las Dos Américas*, del colombiano José María Torres Caycedo. No lo dijo el ensayista

uruguayo, pero nunca uno de los peores poemas del mundo produjo tantos efectos: “Rica, potente, activa y venturosa/Se levanta de América en el Norte/ Una nación sin reyes y sin corte, /De sí señora–esclava de la ley; /Débil ayer, escasa de habitantes, /Al ver que Albión su libertad robaba, /¡Atrás, gritó: la servidumbre acaba, /Porque hoy un Pueblo se proclama rey!”. Por fortuna, el modernismo sepultó tan cansinas estrofas, pero quizás sería menester retornar a los ripios para separar el don del veneno: afirmamos nuestra identidad por oposición radical a otros, un mundo anglosajón que persistimos en desconocer, como ocurre de allá hacia acá.

Somos, por supuesto, latinos americanos. Y con no poco honor y rememoración. No sólo porque del latín provenga nuestra lengua romance, sino por algo más: vivimos en la órbita de la *Eneida* y de la *Divina Comedia*. Virgilio y Dante nos llevan de la mano a través de un infierno y un purgatorio que se representan una y otra vez. A diferencia de la *Iliada* y de la *Odisea*, épicas de vencedores, nos hemos identificado con la *Eneida*, la épica de los desterrados y de los vencidos, pese a que, bien vista la historia, nuestras guerras de liberación, las antiguas y las nuevas, repliquen sin cesar las gestas napoleónicas y aún más: los manuales de las guerrillas españolas contra la invasión francesa, como si la guerra troyana, tal como lo dice Borges en uno de sus poemas, rebrotara a través del tiempo y del espacio una y otra vez como el juego del ajedrez. Somos anacrónicos, como lo advirtió Gabriel García Márquez, quien quizás sacó a Macondo de la entraña de la Cueva de Montesinos.

No significa poco, según veré, pensar, al menos en lo ficticio, que reencarnamos a Eneas, treinta y tres veces llamado “el piadoso”, y no a Odiseo, paradigma de fuerza, engaño, astucia y abandono, pese a que el mundo todavía se guíe por él. Pero sea como sea, somos más que latinos americanos: somos ladinos americanos. Y por esta latinidad excéntrica y fronteriza, la del gran Séneca, provenimos de un cosmos vecino del prodigioso caos, tan semejante al nuestro. Basta situarse en la Córdoba del joven Maimónides, digamos en el año de 1150, entonces la ciudad más grande del mundo. E imaginarse en la encrucijada (*quadrivium*) formada por el choque de las tres religiones del libro con el pensamiento aristotélico. Duda de cada una de las religiones y de las otras, duda de la filosofía, duda de la duda, y duda de aquel que duda: *La Guía para Perplejos* del gran sefaradí fue como un albor de la modernidad por su reflexividad y una que debemos reeditar con nuevas letras e inédito espíritu para conjurar la perplejidad de nuestros tiempos. En el tráfigo de tantas lenguas y tantas culturas, Maimónides precedió al ladino que se afirmaría en la Toledo de Alfonso el Sabio como prototipo que en los bordes lingüísticos y culturales poseía la potencia y la sabiduría de las traducciones múltiples. De aquella cuna del romance, cuando la lengua de la madre

es la madre de la lengua, como indicaba Heidegger, queda el idioma ladino, tan pleno de amor y de ausencia, el que canta el poeta argentino Juan Gelman.

Pero resta algo más decisivo: el concepto proteico del ladino como ser en el borde de distintas etnicidades, lenguas y culturas. Tan pródigo es el nombre que una consulta al diccionario deriva en un oxímoron: tonto y astuto. Contradicción tan flagrante, no es empero adventicia. Hacerse el ingenuo o pasar por “bobo” es conducta propia de la incertidumbre de fronteras agudas: “si vas a Roma, haz lo que vieres”, define al ladino en un primer nivel como ser mimético, estético, sensible, intuitivo. Pero ser al mismo tiempo astuto es otro imperativo de los bordes culturales: es la clave de lo que en lenguaje popular se llama “el vivo”, lo cual remite a un segundo nivel que es el propio de la inteligencia, del cálculo, de las clasificaciones, de las ponderaciones rápidas de causas y efectos, de las cuentas de fuerzas y debilidades, ventajas y desventajas. Ícono e índice se conjuntan en el ladino como ingenuo o el ladino como agudo.

Ahora bien, ¡ladino significa según estas acepciones lo mismo que oxímoron: puntudo y romo y por extensión inteligente y tonto! La sorpresa es semejante a la que experimenta alguien, como yo, que al amar el lenguaje descubre una cierta equivalencia entre sujeto (*sub/jectum*, lo que yace abajo), hipoteca (lo que se guarda abajo), cripta, secreto (*secernere*, lo apartado) y lo diabólico como opuesto a lo simbólico (correr de dos partes al mismo tiempo remitiéndose la una a la otra).

La razón para esta alegría por los conceptos consiste en que más allá de las dos acepciones del ladino como tonto o astuto hay una tercera: la encarnada por Maimónides como sabiduría en el religar simbólico y como potencia para comprender en razón incluyente lo distinto y lo opuesto. Es, si se quiere, la aurora segunda de la complejidad en la historia del pensamiento mundial, después de la eclosión de la misma con el concepto de armonía griega: ensayo por expresar en el lenguaje la tremenda contradicción entre el derecho divino y el humano, entre mitología y filosofía, entre oriente y occidente, entre justicia benevolente y justicia abstracta, entre economía y crematística, entre *hybris* y *soprhosine*.

Se advierte entonces la urdimbre que organiza nuestra trama. ¿Cómo entrelazar al ladino mimético y al ladino inteligente, con sus oposiciones binarias, agónicas y antagónicas, aquello que el mejicano López Portilla nombró como oposición entre el relajo inútil y el rigor vano, mediante una razón que los conjunte como poder simbólico y mediante una dialéctica no hegeliana, como la de Federico Schiller, dispuesta por su potencia estética, afectiva, imaginativa, lúdica y recreativa a validar un retruécano: que nuestro sentimiento sea razonable y nuestra razón sensible?

Nuestras fronteras étnicas, lingüísticas y culturales se multiplican respecto a las existentes en Córdoba o en Toledo. Somos ladinos a la enésima potencia. Nuestra mega diversidad no es sólo

ecológica, como se dice, sino geográfica, biológica, étnica, técnica, económica, política, social y cultural. Nuestra perplejidad es mayúscula frente a la experimentada por Maimónides. Vivos y bobos, astutos y tontos se prodigan en el tráfigo intercultural. No hay que reprocharlos: unos imaginarios de larga duración caracterizados por creencias maximalistas y éticas minimalistas, el *Catecismo* de Astete de 1599 forjado en el espíritu militante de tres guerras (musulmanes, protestantes, indígenas remisos) y el *Manual de Urbanidad y Buenas Costumbres* de Manuel Antonio Carreño de 1852, sin ágora y sin cama y por tanto sin ética pública o privada para afrontar las diferencias, ética reducida a etiqueta y moral a moralina, crearon un vacío en el cual, como en el Infierno de Dante, se muerden y remuerden victimarios y víctimas. No por azar los dos textos han sido no sólo los más reeditados en América Ladina, sino los más encarnados.

Se trata, por supuesto, de una exageración, pero una que no es del todo excéntrica si se juzga con estos conceptos la obra cumbre de la literatura colombiana, *Cien años de soledad*. Lo que falta entre el génesis y el apocalipsis de la obra es el amor. Lo que sobra es la soledad. Anacronismo, repetición mimética (nombres y signos como la cola de marrano), violencia y contra-violencia, desesperada e impotente espera signan un círculo vicioso que nunca alcanza la espiral redentora.

Allí, empero, aparece la clave en la figura liminal de Melquíades. Sefaradí, como podría presumirse, el sabio es local y global, está adentro y afuera, va y viene con su buena nueva, ensaya en vano transformar el destino fatal en destino luminoso. Melquíades es el prototipo del sabio alquimista de los símbolos, como si fuera extraído de los pliegues de la escuela de traductores de Toledo, de allí de donde emanó el pensamiento moderno acaballado entre el habla romance, las múltiples lenguas y el don del lenguaje.

Melquíades, el gran ladino americano, es a la vez el arquetipo redivivo de la sabiduría universal. Chamán como nuestros chamanes que deshacen su identidad para enajenarse como boa o águila y recomponerse para advenir centro fiel de la comunidad. Agraciado con el don de lenguas como Maimónides. Reencarnación del viejo Sócrates cuando escucha el oráculo de su *daimon* que le enseña, con Diotima, a amar el saber mediante el saber del amor. Atento a tratar a cada ser como una obra de arte, una escultura, un juego entre una materia preformada y un alma por configurar con ella, a tono con las lecciones vivas de su padre. Pronto a ejercer como su madre el arte mayéutica, para inducir y deducir, esto es educar, hacer salir de sí la potencia autopoietica contenida en cada ser. Atento a asistir al parto de la conciencia en ese segundo nacimiento para dejar de ser *in genuus*, no nacido, sin el cual es imposible transformar el sentimiento en conocimiento y el resentimiento en reconocimiento. Ladino sabio para evitar el veneno de la resistencia (*re sistere*), siempre mimética y envenenada por aquello a lo que se opone: la fuerza, la violencia, el engaño, y

adoptar la disidencia (*dis sedere*) como cambio de lugar (*topos*) y muda de lugares comunes de la retórica (*tropos*). *Daimon*, genio o duende que ascienden y descenden de lo singular a lo universal y de lo general a lo irrepitable, de lo homogéneo a lo heterogéneo como si se tratara de los mensajeros (*angeloï*) de la escala de Jacob situados entre lo global y lo local, movidos por el principio de fineza de Pascal o por el principio kantiano de afinidad.

Melquiades lee el manuscrito de Macondo al derecho y al revés, del principio al fin y del fin al principio, y opera, como lo hará el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda en *Historia Doble de la Costa*, con la doble página de la narración, la izquierda, y del concepto, a la derecha, enriqueciendo la idea con los deícticos e iluminando las indicaciones con los símbolos. Particulares y universales componen una partitura musical guiada por un axioma de benevolencia y, como termina la obra, con un canto al *Retorno a la Tierra*.

Que estas reflexiones no sean banales lo asegura la indagación del matemático, semiólogo y filósofo colombiano Fernando Zalamea. Hijo de aquella *anima* inolvidable de América Latina, la crítica de arte y novelista argentina Marta Traba y ahijado del formidable crítico literario Ángel Rama, Fernando estudió el *corpus* de la literatura y de la crítica literaria de América Latina entre los años 1920 y 1980: allí, sostiene, emerge una razón expandida que rejunta el *logos* con el *eidolon* (imagen y simulacro) con el *eidos* (arquetipos, universales), es decir, una razón sensible, la que predicara Federico Schiller y a la cual, más allá de Zalamea, se le puede añadir la riqueza de la *phoné* (oralidad, música) y de la *physis* (la variedad ecológica). Es una razón potente que por ello mismo esquiva el falso dilema de modernidad y posmodernidad, porque acepta la búsqueda de universales, sin absolutos, pero al tiempo ama lo singular y pasajero, sin declinar los ensayos de síntesis.

Surgen de allí muchas preguntas, pero una es fundamental: si ya somos universales y creativos en letras y artes, por qué no en educación, ciencia, cultura y, si se quiere, en política? De esta pregunta emana un camino de indagación, no poco recorrido ya, cuyos mojones se acotan en seguida en lo tocante a la educación.

LAS PUNTADAS PARA UNA CATARSIS

No nos falta más purgatorio, sino purga de conceptos. Cada cual y todos en conjunto heredamos del pasado un *Gift* en el sentido homeopático de los indoeuropeos: veneno según la acepción alemana, don o regalo según la palabra inglesa. La tarea de nuestra vida es transformar el veneno en don, el destino fatal en designio creativo, los círculos viciosos en virtuosos.

La primera senda por recorrer es situar la acción social en el balance entre lo racional y lo afectivo. Postulamos, en consecuencia, una teoría de la acción social como drama, sea tragedia o comedia, incluso vitrina, pasarela o carnaval, no sólo porque teoría y teatro provengan de la misma raíz, el contemplar, ni porque el drama exprese la quintaesencia del ser, sino porque siguiendo a Spinoza, distinguimos entre acciones cuando los medios acuerdan al fin y el propósito al acto, y pasiones cuando se padecen las acciones de otros, y a tono con Aristóteles concebimos la anagnórisis o el reconocimiento como catarsis: comprensión empática y racional de nuestra existencia en la doble faz de *sapiens-demens*, tan cara al pensamiento de Morin. La acción social como drama transcurre en escenarios (tiempo y espacio); con *dramatis personae* (sujetos, familias, comunidades, actores); con nudos, tramas y peripecias determinados por la estratificación en función del poder político, el poder económico, los poderes del saber (allí donde se inscribe la educación) y los poderes mediáticos, en las cuales se juega la lucha por el reconocimiento; articulados o puestos en contextos por libretos o guiones, las significaciones culturales.

La segunda tarea de esclarecimiento conceptual es concebir la educación de un modo amplio con el concepto de socialización. Los muros de la escuela no pueden sostenerse más como una suerte de exclusión o de reclusión de la existencia. La película *The Wall*, del grupo Pink Floyd, simbolizó el anacronismo de los ladrillos escolares. Si la escuela, el colegio o la universidad no aprenden de sus contextos, aquellos con los cuales están entrelazadas, su labor será obsoleta.

A la educación formal en ninguno de sus niveles no ingresan tablas rasas. La socialización familiar es radical porque imprime un doble registro: por la composición única de cromosomas de pares impares como son los padres, el sujeto se inscribe en el genoma como semejante o similar en el genotipo y disímil o único en su fenotipo. Al mismo tiempo, la familia imprime carácter; graba y grava; inscribe al sujeto por la crianza en el lenguaje desde un habla específica, encuadrada en historias familiares, en tramas espesas en la relación de la familia con la estratificación en sus distintos factores; compone un sujeto irrepetible en función de su ordenamiento ante la alianza de sus padres, ante la filiación y ante la fraternidad; orienta el paso del sexo al género; subordina el sujeto a un *ethos* mediante el *imprinting* cultural; prefigura el *habitus* del individuo y con él su predisposición a responder de determinado modo a la aventura de la vida; en una palabra, predestina.

Ni la escuela, ni el colegio, ni la universidad pueden prescindir de la historia de los sujetos, de su arqueología. Hoy suele repetirse que el lema preciado de la educación es enseñar a aprender a aprender, algo que formulaba de modo carnalesco don Simón Rodríguez cuando indicaba que “maestro es el que saber aprender”. Pero aprender a aprender es aprender a desaprender y, aún más,

a desapehenderse, a desarraigarse, a transformar los fundamentos de cada ser para que pueda abrirse a una formación continua con creatividad y autopoiesis.

Quien quiera ver lo que significa la educación de sí a lo largo de la vida como crítica radical de preconceptos, lo que Husserl denominaba el dogmatismo innato de cada ser, lea el clásico *La Educación de Henry Adams*, libro que la Modern Library estima con razón como el mejor libro en lengua inglesa de no ficción, cuyo par en literatura es el *Ulises* de Joyce. Publicado hacia 1917, sólo se tradujo al español en el 2003, síntoma de que lo que separa a América del Norte de la del Sur es un tapón mental más tupido que el Darién.

Nada cambiará en el fondo de los sujetos si no se articulan las bisagras entre educación formal y socialización radical o familiar. Pues visto el asunto de modo profundo, la escuela, el colegio y las universidades ofrecen distintos *software*, programas blandos por cruciales que sean, pero irrelevantes si no existe un disco duro que los soporte. Y el *hardware*, querámoslo o no, es como la caja negra de los aviones, el *sancta sanctorum*, el inconsciente de cada ser donde se registran, como en la marca personal del genoma, las rutas y los accidentes de la vida, modificables o evitables sólo si hay conciencia del destino y esto significa adueñarse, hasta donde sea posible, del inconsciente.

Lo mismo podría decirse de las suturas indispensables entre la educación formal, la no formal y la informal, incluyendo por supuesto no sólo la próxima o inmediata, sino la mediática, tan decisiva en la configuración de la subjetividad contemporánea. ¿Qué decir, por ejemplo, de la indicación del profesor John Taylor Gatto cuando declinaba seguir siendo maestro, pese a ser declarado como ejemplar en varios años en Nueva York, cuando indicaba que un estudiante promedio de esa ciudad dedica 52 horas a ver televisión? Multiplicada por 30 imágenes por segundo durante 11 años de escolaridad, la cifra de imágenes que almacena cada estudiante es cercana a los 3.500.000 millones. La experiencia vista y oída de modo inmediato, la vivida, la experiencia leída o la experiencia imaginada a partir de la lectura, sucumben ante Quijotes redivivos de la imagen, con el agravante de que no hemos aprendido a trazar la distinción entre ver, mirar y columbrar, como tampoco aquella que va del oír al escuchar y al auscultar: actos fisiológicos o sensitivos los primeros, intelectivos los segundos, se potencian como razón en los terceros, a falta de los cuales somos como “los dormidos despiertos” que recreó el poeta Leopoldo Lugones en *El Payador*.

La tercera llave para una transformación es comprender la enseñanza como una traducción semiótica de la cultura. Enseñar proviene de *in signum*, indicar el signo. Aprender es a su vez incorporar, encarnar: todo ello significa que el sema arraigue en el soma, en la más antigua tradición

de *El Cratilo* (el cuerpo es la tumba del significado) o de San Juan (“El verbo se hizo carne”). Ello precisa disponer de un concepto antropológico de la cultura como el expuesto por Clifford Geertz, definido como tejido de significaciones. A mi ver, son cuatro los órdenes de significaciones (conjuntos de códigos, ideas, símbolos): primero: científico, tecnológico, técnicas. Segundo: expresivas y estéticas, como los lenguajes y los estilos de vida y como artes, letras y artificios como la moda, la cocina, la belleza, las artesanías. Tercero: integradoras, como la ética, la moral, el derecho y los códigos de comportamiento en la vida cotidiana. Cuarto: profundas, como los mitos, las ideologías, los imaginarios, la religión, la filosofía y la sapiencia. Como ha indicado Morin, la cultura es lo que está tejido junto como ordenamiento de símbolos. Una vez más, la imagen del ladino sabio, con su propiedad de traducciones múltiples, adviene como arquetipo. Y un corolario: los saberes, estimados uno por uno, no son sabiduría. El concepto de sabiduría supone una complejidad de un orden correlativo en la sincronía de las distintas significaciones culturales y en su relación con los sistemas y con el mundo de la vida.

La cuarta puerta de ingreso a una nueva educación es una crítica a la pedagogía tradicional y una apertura hacia nuevos modos de encarar relaciones abiertas de enseñanza y aprendizaje. Pedagogía proviene de *paidos agein*, conducir a los niños. Pedagogo era el *famulus* que llevaba a los niños a la escuela. Alumno proviene de *alere*, el *famulus* alimentado en casa. Pese a todas sus reformas, la pedagogía arrastra el veneno imperativo, el vicio de una domesticación ejercida por el *despotes*, el amo. Por más variaciones, la pedagogía cosifica porque enseña un saber impersonal de un modo impersonal. Tiende a la instrucción, concibe la educación como sacar a la fuerza en lugar de hacer salir de sí.

Psicagogía, en cambio, es *psique agein*, conducir a través de las conciencias. El concepto rescatado por Foucault de Grecia y Roma, implica a tono con el estoicismo un cuidado de sí correlativo al cuidado del otro y, como en el arte mayéutica, una búsqueda de una verdad de vida o muerte, porque surge de la experiencia total del maestro con el saber. Por tanto, invoca al otro como subjetividad, apela a su experiencia, convoca su responsabilidad, incita a ejercer el *intus legere* como premisa para que el diálogo fructifique como un camino incesante de preguntas.

Se podría añadir la mistagogía, cuyo significado es guiar a través de lo secreto. Sin desdeñar saberes esotéricos o chamánicos, aquí la premisa es de modo radical ontológica y el modelo deriva de *La Carta Escamoteada* de Edgar Allan Poe: lo extraordinario, lo oculto, lo escondido, subyacen en lo patente, radican en el lugar común. Nada hay menos trivial, agregó, que lo trivial: la palabra *trivium* que designa una encrucijada, tres vías, como tríada significa tres caminos, si bien es un lugar común de encuentro, también es un espacio donde aparece lo aleatorio y sorprendente. Para

ello se precisa aguzar el sentido poético o etnográfico, de modo que al ver se advierta y se columbre y al oír se escuche y se ausculte.

Una quinta entrada a una nueva educación radica en considerar a fondo la relación entre afecto y conocimiento en la perspectiva de Diotima: inducir el amor al saber por medio del saber del amor. El afecto y lo que está asociado a él, como los sentimientos, las emociones y las pasiones, no suelen ingresar a la escuela, como a veces tampoco el cuerpo. Un estudiante de un colegio indicaba en entrevistas que la escuela debería amoblarse con un perchero en la entrada, donde se colgaran, como abrigos, los cuerpos, de modo que sólo ingresaran las cabezas. Si somos *sapiens-demens*, *anima* y *animus*, luz y sombra, no hay razón para que el *daimon* que nos sirve como *sparring* para el conocimiento propio sea mantenido en la penumbra secreta de cada sujeto, escondido incluso de su propia familia.

El sexto aldabón da a una vía de validez universal. Hasta el presente, el camino imperial del mundo se ha guiado por la metáfora cibernética: transformar energías en información y control, mediante dispositivos piramidales o de red, retóricas imperativas o de instrucción, lógicas de acumulación de plus-valor acompañadas de minusvalía de quienes se extrae, como hoy, la energía psíquica, inequidad en los retornos, centralidad del poder y dispersión de la multitud.

Es hora de cambiar dicha lógica que no puede sostenerse porque arriesga la vida del planeta y la paz de la especie consigo misma, fracturada por guerras que hoy, en las condiciones técnicas, sólo pueden conducir a la cuenta regresiva de una inminente catástrofe. Derivando los saberes solidarios de múltiples tradiciones ecuménicas, el principio de oro ha de ser la transformación de energías en saberes y de éstos en sabiduría, mediante la organización de tramas, la movilización de la solidaridad, la entronización del afecto como medida áurea de la calidad de cualquier sistema social, retóricas amparadas en la pregunta, distribución equitativa de la riqueza y promoción de la disidencia creativa.

Es quizás la hora de un *homing*. La especie humana es la única que se domestica a sí misma, proceso que ocurrió en el neolítico. Pero la domesticación ha sido parcial, de la mujer y no del hombre. Y ha ocurrido además con una violencia desmedida frente a la naturaleza y a la misma especie que fue tajada en amos y esclavos, señores y siervos, capitalistas y trabajadores y hoy en controladores telemáticos y multitud sofrenada.

Odiseo, nos dice el libro clásico, retornó a casa. Dante lo desmiente y sitúa a Ulises, el nombre latino, en el infierno. Encerrado en una llama bífida, signo de su doblez, relata a Virgilio y a Dante la causa de su sufrimiento perpetuo: "Cuando me separé de Cirse, que me mantuvo más de un año preso en Gaeta, antes de que Eneas la llamase así, ni la dulzura del afecto de mi hijo, ni la

piEDAD por mi anciano padre, ni el amor que debía hacer feliz a Penélope, pudieron vencer en mí el ansia que sentía de conocer bien el mundo y los vicios y el valor humanos, por lo cual me lancé por el ancho mar abierto, solo, con una barca y los pocos compañeros que no me abandonaron nunca...!”. Ulises naufragó de popa. La lógica imperial es la del abandono.

Odiseo no ha regresado a casa. Hoy todos somos Telémacos, entre Ítaca y Troya, entre el mito matriarcal y el patriarcal, entre lo local y lo global, casi huérfanos por partida doble, ayunos de archivos pese a una inmensa información, vamos en un vaivén a la deriva de la guerra externa de Troya y la interna desatada por los pretendientes.

Es hora de un retorno a la casa global, a la ecumene, guiado por el *sehnsucht*, por el *heimweh*, por la esperanza de quienes, faltos de serenidad y de cobijo, somos *homeless*.

ANAGNÓRISIS

Te invoco de nuevo, Simón, maestro de Simón. Vuelve, como tu maestro Jean Jacques. Asístenos en este trance de los bis-centenarios. Recuérdanos de nuevo tus lecciones: “aquí se edificaron repúblicas sin ciudadanos”. Recítanos las lecciones de tu vida, cómo saliendo de Caracas al mundo, de Francia a Rusia y a Inglaterra, decidiste reencarnar a Tunupa como semidiós raizal, señor de los caminos, Hermes nuestro, Eleguá de nuestro panteón oricha, como el San Pedro Claver, esclavo de los esclavos.

Porque todo: fe, esperanza y caridad se resume en la historia de los tres huerfanitos y los cuatro simones. Érase una vez un niño que a la edad de la razón ya era huerfanito de padre y madre. Y fue encomendado a otro huerfanito, que le llevaba cerca de diez años. Este huerfanito era, como Quasimodo, un niño expósito, abandonado en el atrio de la catedral. Y este segundo huerfanito educó al primero con el libreto de otro huerfanito.

Los tres sin patria, Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Jean Jacques Rousseau, crearon cinco patrias. Primero fue la educación, luego lo demás.

Pero en lo demás radica el dolor y es donde principia la historia de los cuatro simones. El primero, Bolívar, es el poder, una suerte de Viracocha, Dios de las alturas. El segundo, Rodríguez, es el maestro, el saber, una reviviscencia del arquetipo del dios de los vencidos aymarás, Tunupa.

Cuando se unen el saber y el poder, ¡qué energía! Es la que subyace en cada palabra y cada frase y cada verbo de la sin par pieza oratoria de Simón Bolívar, el *Discurso Inaugural del Congreso de Angostura*. A menos de seis meses de la Batalla de Boyacá, el 15 de febrero de 1819, en medio de una inhóspita retaguardia habilitada para resguardarse de los españoles victoriosos, Bolívar edificó, como en el vallenato *Adaluz*, una casa en el aire, la constitución ideal de repúblicas que no existían. Por su boca hablaba el espíritu, es decir, Melquíades, Simón Rodríguez, Sócrates, todos los fantasmas de la sabiduría. Si no fundamos la soberanía política en la educación del soberano, decía, nosotros, acostumbrados por largos años a cruentas guerras, tomaremos las armas contra nosotros mismos. Añadía: es necesario fundar la educación como cuarto poder público.

¡Grandioso! Y empero... Simón Rodríguez vagó desoído y tratado como niño en las altiplanicies andinas, viviendo de fábricas de cebo y de sus clases, cuando las solicitaban. Simón Bolívar murió desengañado en el norte, con la vista puesta en Europa.

De su separación se engendraron otros dos simones: Simón el Bobito, como Patria Boba o Patria Vieja por contiendas fratricidas. Y Simón Simonía, prototipo de quienes trafican con lo sagrado, los dineros públicos.

Simón, maestro de Simón: convoca de nuevo a tu discípulo esquivo, recítale de nuevo la guía de *El Emilio*, desanda el camino, aconséjale que las guerras se curan con la paz y con la cultura.

¡Vuelve!

Nota: la bibliografía de este ensayo excedería toda proporción. El autor dispone de ella, si se la solicita.